



Palabras del Rector, José Alfredo Peris, en el Solemne Acto académico Santo Tomás de Aquino

Mi agradecimiento más sincero a nuestro Arzobispo por presidir estos actos en los que nuestra Universidad quiere dejarse construir por dentro en el seno de la Iglesia que, como Madre y Maestra, nos proporciona los Pastores que más necesitamos para crecer en nuestro ser y misión. Gracias por cuidarnos con su presencia, sus oraciones y sus desvelos, y por la homilía con la que ya ha comenzado a instruirnos y a edificarnos en la celebración de la Santa Misa. Gracias también al Capellán Mayor, a los sacerdotes concelebrantes, al diácono permanente y a todos los que han contribuido a embellecer la liturgia, con un especial recuerdo hacia el Coro Univeritario.

Mi agradecimiento a las autoridades que nos acompañan y a todos lo que os habéis sumado a nuestra celebración, tanto a los miembros de la comunidad universitaria, como a los familiares y amigos.

Quiero agradecer de manera muy singular al Padre Alejandro Crosswaithe su generosidad por haberse desplazado desde Roma para estar entre nosotros y para honrar con su presencia a su santo hermano dominico en el día de su fiesta, haciéndolo además con un texto que nos ha iluminado con claridad, orden y belleza acerca de las contribuciones de Santo Tomás a la doctrina social de la Iglesia, cuya vigencia y actualidad resultan manifiestas. Gracias Padre Alejandro.

La meua felicitació més sincera als que hui heu rebut el reconeixement per la vostra fidelitat a la comunitat universitària per quinze o vint-i-cinc anys de servici o per haver arribat a l'edat de la jubilació. Veig en cada un de vosaltres un incomparable regal de Déu, a qui la sensibilitat i la raó humana només accedixen de manera parcial i precari. Volguera, per tant, remuntar-me a la primera mirada d'amor que vau rebre cada un de vosatres de part dels vostres pares i de les vostres mares, pensant en tot lo bo que anava a eixir de vosatres. I des d'allí donar glòria a Déu i unir-me als que van ser els millors desitjos del seu cor per a reconèixer que Déu ho ha fet tot bé i que Ell ha posat en les seues vides el segell de la seua imatge perquè vosatres ens hàgeu enriquit tant durant tant de temps. Sí, vos dic el que diuen els pobres quan se saben gratuïtament beneficiats: 'Que Déu vos ho pague de tot cor'.

La meua felicitació als nous doctors, tant als que heu sigut investits hui, com als que rebeu la medalla com a membres de la Universitat Catòlica de València Sant Vicent Màrtir. La Universitat no és res si no compta amb professors que siguen verdaderament estudiosos i que, per tant, puguen enriquir amb la seua ciència, la seua prudència i el seu bon fer als estudiants. El temps i l'esforç que heu dedicat a la vostra tesi vos ha fet créixer com a persones i ens fa créixer com a Universitat. Cap tresor més preat en una Universitat com la laboriositat intel·lectual i l'honestedat investigadora dels seus professors. Gràcies de cor.

Igualment gràcies als vostres directors i a totes les persones que vos han ajudat en este esforç, especialment a les vostres famílies. La dimensió relacional del ser humà queda plenament



arreplegada en este reconeixement, perquè sent una obra de la vostra plena autoria, en cap cas haguera vist la llum sense comptar amb l'ajuda i la calor dels que tant vos volen, vos valoren i vos potencien.

Les meues felicitacions i el meu agraïment, finalment, a quants heu col·laborat en la realització d'este acte, la complexitat creixent del qual invita contínuament a la generositat, la creativitat i l'esperit de servici.

El pasado día 21 de diciembre cuando estábamos terminando la sesión del Patronato de la Universidad, el Sr. Arzobispo y Gran Canciller nos emplazó a que desde la Universidad convocáramos a un grupo de profesores jóvenes y de estudiantes a que se dejasen interpelar por la Constitución Gaudium et Spes, del Concilio Vaticano II.

Se trataba de una sugerencia plenamente insertada en lo que estamos celebrando en el Año de la Fe, promovido por el Santo Padre Benedicto XVI, el cincuenta Aniversario de la Convocatoria del Concilio Vaticano II. Pero quien les habla percibió en las palabras de don Carlos algo más.

Por su presentación del tema, mucho más amplia y razonada que lo que soy ahora capaz de reproducir, me vino a la mente una cita de Ralph Waldo Emerson en su conocida obra "La confianza en uno mismo", a la que con tanta frecuencia acude Stanley Cavell, el filósofo del cine del que continuamente consigo aprender algo.

La cita dice: "En toda obra de genio reconocemos nuestros propios pensamientos rechazados; vuelven con cierta majestad alienada. Las grandes obras de arte no ejercen sobre nosotros una lección más influyente que ésta. Nos enseñan a acatar nuestra impresión espontánea con alegre inflexibilidad, más aún cuando el vocerío está en la otra parte. Mañana un extraño dirá con magistral buen sentido precisamente lo que hemos pensado y sentido todo el tiempo, y estaremos obligados a asumir con vergüenza nuestra propia opinión del otro".

La invitación de nuestro Arzobispo y Gran Canciller a releer el Concilio, su Constitución Pastoral, para interpretar los tiempos presentes, tiene sin duda esa misma virtualidad. Nos permite interpretar lo que nos está pasando desde una mirada amorosa y esperanzada hacia nuestro mundo y sus problemas para desde ahí encontrar unas soluciones que verdaderamente movilicen las conciencias en la construcción del auténtico humanismo.

La vergüenza no procede tanto, en este caso, de que estas ideas nos la diga otro, sino de que "estando tanto tiempo con nosotros aún no lo conocemos", pues después de haber alcanzado casi los cincuenta años, nos siguen resonando con una novedad que delata que quizás todavía nos la hemos puesto suficientemente en práctica.

Me parece oportuno que, al celebrar santo Tomás de Aquino, patrón universal de los centros universitarios, intente recoger la invitación de nuestro Padre y Pastor e invite a recoger algunas indicaciones que nos propone la Gaudium et Spes, para que la alianza entre fe y razón que practicó el Aquinate, pueda suscitar entre nosotros dinámicas reflexivas que hagan nuestra vida universitaria verdaderamente digna de ese nombre y verdaderamente católica.

La Constitución Gaudium et Spes presenta un texto apasionado, no exento de belleza, especialmente en sus primeras expresiones. Difícilmente no puede ser calificado así su punto de arranque, tantas veces citado: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los



hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.

El director de cine que estoy estudiando últimamente con más dedicación, Mitchell Leisen, decía que “no se puede enseñar a los actores a hacer comedia, que la comedia es un estado de ánimo que ellos tienen que aprender por sí mismos”. Y creo que es una expresión que en algún sentido puede aplicarse a la Evangelización: en cierto modo no se nos puede enseñar a los bautizados a ser evangelizadores, sino que esto es un estado de ánimo. Lo que pasa es que en este caso la explicación es más completa y precisa: ese estado de ánimo consiste en la acción de la gracia santificante, una dinámica personal, un dejarse llevar por el Espíritu Santo para que Él imprima en nuestros corazones los mismos sentimientos que los del Corazón de Cristo.

Volviendo al texto conciliar, creo que es fácil admitir nadie puede verdaderamente hacer suyos los gozos, las esperanzas, las tristezas, las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren si no es en sintonía con el Corazón de Cristo, en un diálogo continuo con aquel centro personal, humano y divino, en el que encuentra verdaderamente eco todo lo humano. Sólo así la Iglesia se puede sentir realmente solidaria del género humano y su historia.

Esa movilización del corazón a impulsos del Espíritu y de las virtudes de Cristo encuentra en el magisterio conciliar una incomparable guía para servir al ser humano, a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, convencidos de que es la persona humana la que hay que salvar, la sociedad humana la que hay que renovar.

Nuestra Universidad, cuando piensa en su identidad, está llamada a beber en esas fuentes, en esas convicciones que, como anunciaba Emerson, todos reconocemos como nuestras. Allí donde el filósofo trascendentalista americano consideraba que el genio es “creer en tus propias ideas, creer que lo que es verdad para ti en tu fuero interno lo es para el resto de los hombres”, la fe nos permite a abrirnos a reconocer no una conquista humana, sino una gracia, un don copioso de Dios por su Espíritu, signo de que nos ama sobreabundantemente, de que se ha hecho hombre y ha entregado hasta la última gota de su sangre, para propiciarnos vivir con, como suele repetir don Carlos, “sus medidas”, “las medidas de Dios, indudablemente mejores que las nuestras”.

La *Gaudium et Spes* nos invita a comprometernos con la creación, y sigo citando expresiones de nuestro Arzobispo, un “ecosistema en el que Dios esté presente”. Se trata de leer el progreso humano desde el Corazón de Cristo, que nos suministra el origen y meta de lo mejor del ser humano, plenitud a la que todos estamos llamados, pues “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”.

Un ecosistema que cuenta con Dios tiene también plena lucidez para detectar cuanto a se opone al verdadero bien humano. Frente a una idea simplista del progreso –lo que podríamos identificar como la sinonimia entre “bueno y moderno”, y asimismo entre “malo y antiguo” - el Concilio nos abre los ojos acerca de que ningún avance humano podrá prescindir del discernimiento moral del ser humano, y acerca de que siempre se necesitará del concurso de la libertad, de la inteligencia, de la voluntad y de la capacidad de amar de las personas para llevar a buen puerto la nave del progreso de los pueblos.



Cuando se tiene bien presente este enfoque, la relectura de los textos conciliares nos brinda de nuevo una sensación de reconocimiento: lo que hoy todos detectamos como crisis ya venía siendo diagnosticado hace cincuenta años. De una manera paradigmática, la inquietud que los jóvenes hoy experimentan ya fue perfectamente descrita por los Padres Conciliares, conscientes de los desequilibrios del mundo moderno.

Para dar respuesta a esta inquietud, la Constitución pastoral expresa con rigor que si bien la Evangelización parte del corazón, no se agota en algo interno. La dinámica del Espíritu abarca a la persona entera, le confiere una singular y propia dignidad, como imagen de Dios, y asimismo como hombre y mujer, que de este modo se expresan como comunión de personas, como ser social, como ser que no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. La fuerza del corazón alienta la sociedad cuando somos capaces de crear comunidades de personas, la primera y ejemplar, el matrimonio, la "una caro" entre varón y mujer.

En modo alguno la confianza en la dignidad humana ignora la inclinación del corazón humano al mal. Pero todavía es más fuerte su confianza en que el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo que le retenía en la esclavitud del pecado.

Cuando se sintoniza con el Corazón de Cristo se experimenta que hay una implicación profunda entre vivir con la dignidad de hijos de Dios superando las cadenas del pecado, y la construcción de una verdadera civilización del amor.

Volver a leer los textos de la Constitución *Gaudium et Spes* nos sitúa en ese realismo esperanzado en el que la colaboración entre fe y razón, entre fe y ciencia surge como derivado necesario para que el ser humano viva según la dignidad a la que está llamado.

Esa dignidad tiene una serie de indicadores que abarcan el resto del rico contenido de la Encíclica. Permítame enunciarlos en una expresión telegráfica, pues se trata del núcleo de convicciones que unen a la Iglesia en su misión en el mundo de hoy, y nos acomunan, por tanto, como comunidad universitaria:

- 1º) El sentido de comunidad humana y de promoción del bien común frente a una comprensión meramente individualista de la existencia;
- 2º) El sentido del trabajo, de la actividad humana en el mundo como una responsabilidad que el ser humano tiene que desarrollar según leyes científicas y sociales propias, pero siempre iluminadas por el sentido superior de la caridad que nos acerca a vivir según nuestra dignidad de hijos de Dios;
- 3ª) La aportación de la Iglesia al progreso de la familia humana desde los específicos valores del Evangelio, que son capaces de iluminar lo mejor del ser humano, que deben ser propuestos de modo respetuoso y dialogante a todas las personas, y que reclaman la libertad religiosa imprescindible para que los católicos podamos actuar como tales en una sociedad abierta a la pluralidad y respetuosa con la conciencia de sus miembros;
- 4ª) La imprescindible defensa de la dignidad del matrimonio y la familia, como lugar propio en donde el ser humano aprende tanto a descubrir su propia dignidad y educarse según ella, como a comprometerse mediante la alianza entre el varón y la mujer con la transmisión de la vida según estos mismos valores recibidos. Se trata de una defensa que no es sólo de los casados, sino



también de los célibes y de los solteros que se ponen al servicio de las familias y de la verdadera cultura matrimonial y familiar, así como de una defensa incondicional de la vida humana desde la concepción hasta su ocaso natural;

5ª) El sano fomento del progreso cultural, ayuda imprescindible para que el ser humano afine sus cualidades corporales y espirituales, ordene el orbe terrestre con su conocimiento y trabajo, humanice la vida familiar y social, y exprese, comunique y conserve las experiencias espirituales y aspiraciones que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. Un fomento que siempre habrá de contar con la legítima multiplicidad de expresiones culturales humanas, particularmente valiosas cuanto son portadoras de tesoros de sabiduría vivida por generaciones, así como la contribución del Evangelio para discernir y potenciar lo mejor de cada una de ellas al servicio de la dignidad humana.

6ª) La educación al servicio del pleno desarrollo cultural del ser humano, partiendo de la consideración de la familia como madre nutricia de la misma, y promoviendo un camino de plenitud personal, con el pleno acuerdo entre cultura humana y educación cristiana.

7ª) El desarrollo económico puesto al pleno servicio de la dignidad del ser humano, defendiendo el destino universal de los bienes, contando tanto con la iniciativa y la creatividad de las personas y sus posibilidades de innovación así como con su capacidad de solidaridad y equidad, con su rechazo de diferencias y desequilibrios injustos, con su compromiso con los que experimentan una mayor vulnerabilidad, y con su derecho a celebrar la alegría de vivir, cuidando el medio natural y contando con tiempos de fiesta.

8ª) La orientación de la vida en la comunidad política hacia el bien común necesario para que el ser humano remedie sus deficiencias, teniendo al mismo tiempo reconocido el derecho y los medios de contribuir a ese bien común, mediante la colaboración de todos en la vida pública.

9ª) El fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos, que frene la crueldad de las guerras, que trabaje activa y realistamente por la paz y que se comprometa con una cooperación internacional que acerque la vida de los pueblos hacia climas de entendimiento.

Todos estos indicadores tienen una finalidad precisa: proponer a los que creen en Dios y a los que no creen en Él de forma explícita los medios que, con una mejor comprensión de la vocación del ser humano, les conduzcan hacia una fraternidad más profundamente arraigada, mejor impulsada por un amor que quiera responder a las urgentes necesidades de nuestra edad.

Si reconocemos los estudios que han ido conformando la realidad de nuestra Universidad veremos que providencialmente han ido respondiendo a estas inquietudes. Educación social, magisterio, psicología, pedagogía, terapia, logopedia, ciencias del deporte, medicina, odontología, enfermería, fisioterapia, podología, economía, administración y dirección de empresa, gestión económico financiera, multimedia y artes digitales, ciencias del mar, veterinaria, biotecnología, filosofía, trabajo social, antropología, derecho y derecho canónico... pueden ser entendidas como respuestas que hoy la Iglesia pone al servicio de las urgentes necesidades de nuestra edad. El primer paso de la colaboración entre fe y ciencia se encuentra en el impulso de amor que queramos dar a la ciencia, al conocimiento y al desempeño profesional.



La *Gaudium et Spes* fue un texto. Pero en él tenemos la dicha de poder reconocer la huella de un Cardenal y Arzobispo de Cracovia, que elevado a la Sede de Pedro, hoy está en los altares: el Beato Juan Pablo II.

Su persona, sus gestos, su magisterio, su identificación con Cristo, su defensa de todos y cada uno de estos capítulos que conforman la defensa la dignidad humana y sus derechos inalienables, como ha destacado reiteradamente el Santo Padre Benedicto XVI, nos permiten reconocer que si bien algunos hemos podido estar despistados en la aplicación de las enseñanzas del Concilio, hoy tenemos un santo que nos ha confirmado con su vida y con su muerte que no hay mejor modo de vivir y de dar respuestas a los interrogantes de nuestros días que la plena identificación con los Corazones de Cristo y su Madre Inmaculada, gastando la vida en el servicio para que todos los seres humanos, especialmente los más pequeños y amenazados, vivan según la dignidad de hijos de Dios.

A su ejemplo e intercesión se encomienda también esta comunidad universitaria que bajo el patrocinio de san Vicente Mártir y celebrando a Santo Tomás busca ser esa universidad que hoy la Iglesia pide para seguir llevando adelante su misión evangelizadora. Muchas gracias.